

no como insensato y perverso le pintan ellos, (1)
 ¿Preferís el Dios de los teólogos? Pues tenéis la elección entre una docena de teologías, cada una de las cuales pretende poseer exclusivamente la verdadera ciencia de Dios. En Francia no se conoce más que la teología católica, que goza el prestigio de una venerable tradición; y ¿qué nos enseña acerca de Dios? Voltaire nos lo va á decir: "Los Egipcios adoraban gatos y cocodrilos. Si en el día hay una religión que haya superado esos excesos monstruosos, lo dejamos al juicio de toda persona razonable. Colocarse en lugar de Dios, que ha creado al hombre, y crearle á su vez, hacer ese Dios con harina y algunas palabras, dividir ese Dios en mil dioses, aniquilar la harina con la cual se han hecho esos mil dioses, que no son más que un Dios en carne y hueso; crear su sangre con vino, aunque la sangre esté ya como se pretende en el cuerpo del Dios; hacer desaparecer ese vino, comer ese Dios y beber su sangre... Hé ahí lo que vemos en algunos países donde las artes están, sin embargo, más perfeccionadas que entre los Egipcios. Si se nos contasen tales excesos de brutalidad ó de locura atribuyéndolos á la horda más estúpida de Hotentotes y de Cafres, diríamos que se nos engañaba y pondríamos tal relato entre los cuentos de las *Mil y una noches*. Sin embargo, eso es lo que pasa diariamente á nuestra vista en los países más cultos de Europa, (2).

Esas palabras son duras, pero todo el que tenga sus cinco sentidos cabales tendrá que decir que son justas. Voltaire tenía razón en rechazar con desprecio al Dios-pan, como él le llama; y los que deben creer en ese Dios-pan, si quieren ser ortodoxos, no tienen derecho á condenar el Dios de Voltaire. Bendigamos su buen sentido con el que ha salvado del naufragio al que le arrastraba la teología, la idea de un Ser Supremo. Esa idea, ¿no es para él más que una *invención*, una palabra de que ya no sabe qué hacer como pretende Vinet? Voltaire no separa nunca la idea de Dios de la de virtud; se llama teísta, y dice que ese solo nombre es el que se debe tomar. ¿Es que no significa nada? Voltaire quiere que se lea el gran libro de la naturaleza escrito por la mano de Dios y marcado con

(1) *Dictionnaire philosophique*, en la voz *Ateísmo* (*Œuvres*, tomo XXXIV, p. 60).

(2) *Profession des théistes* (*Œuvres*, t. XXIX, página 354 y siguientes).

su sello. Y ¿qué se lee en él? *Que es necesario adorar á Dios y ser hombre de bien*. Hé ahí su religión, y es la única que se debe profesar (1). Escribiendo á Federico, le dice: "El verdadero culto, la verdadera piedad, la verdadera sabiduría *es adorar á Dios como al padre común de todos los hombres sin distinción y ser benéfico*. La religión no consiste ni en las fantasías de los quákeros, ni en las de los anabaptistas ó pietistas, sino en el *conocimiento del Ser Supremo*, que llena toda la naturaleza, y en la *virtud*, (2).

¿Por qué no se contenta Voltaire con la virtud, como hacían los ateos? Éstos tenían una moral tan pura como la de aquél, y, salvo algunos desvarios, es superior á la de los cristianos. ¿Por qué se obstina Voltaire en añadir la *adoración á Dios*? No era hombre que se pagaba de palabras, y hacia una guerra demasiado ruda á los dogmas de la teología para que quisiera imitar á los teólogos; si insiste tanto acerca de Dios, y si no separa nunca la *virtud* de la *noción de Dios*, es que debe haber algún lazo íntimo entre esas dos ideas; y ¿cuál podría ser ese vínculo sino el de que la moral tiene por base sólida la idea de Dios? El Dios de Voltaire es una Providencia. ¿Y se pretende que no es más que una palabra! Vinet cita el pasaje de una carta de Federico II á su amigo el filósofo de Ferney: "Cierta filósofo conocido mío está muy persuadido de que la suprema inteligencia no se cuida más de Mustafá que del rey cristianísimo, y que lo que sucede á los hombres le preocupa tan poco como lo que puede suceder á un hormiguero que el pie de un paseante aplasta sin apercibirse de ello... Á lo cual responde Voltaire: "Vuestro hombre abominable, que tan seguro está de que todo muere con nosotros, bien pudiera tener razón, (3). Fácil sería recoger más de un pasaje análogo en la correspondencia de Voltaire; pero falta saber si ese era su verdadero pensamiento. Nosotros sostenemos resueltamente que eso es imposible. ¿Qué haría de la idea de Dios dentro de ese sistema desconsolador? Y si no sabía qué hacer de ella, ¿por qué su obstinación en defenderla? En 1752 escribió las *Instrucciones para el príncipe de...* En ellas leemos: "Toda la naturaleza os ha demostrado la existen-

(1) *Carta acerca de los Judíos* (*Mélanges littéraires*, *Œuvres*, tomo XLII, p. 235).

(2) *Carta* de 11 de Noviembre de 1769.

(3) *Carta al rey de Prusia*, de 24 de Noviembre de 1770.

cia del Supremo Dios; vuestro corazón os hará sentir la existencia del Dios justo. ¿Cómo podríais ser justo si Dios no lo fuese? Y ¿cómo podría serlo si no supiese castigar ni recompensar? No os diré cuál será el premio y cuál será la pena. Tampoco os repetiré: *Habrá llanto y crujir de dientes*, porque no se me ha demostrado que después de la muerte tengamos ojos y dientes. Los Griegos y los Romanos se reían de sus furias, los cristianos se burlan de sus diablos, y Belcebú no tiene ya más crédito que Sisifo. Es una gran majadería enlazar la religión con quimeras que la hacen ridícula; se arriesga el extinguir toda religión en los hombres débiles y en los perversos cuando se deshona por medio de absurdos la que se les predica, y hay una torpeza cien veces más horrible en atribuir al Ser Supremo injusticias y crueldades que castigaríamos en los hombres con el último suplicio, (1).

Voltaire cree, pues, en una justicia divina y da una razón que no es despreciable: ¿cómo podría haber justicia humana si no hubiera justicia en Dios? Pero se guarda bien de definir los procedimientos de Dios en el ejercicio de su justicia: no habla ni de infierno ni de gloria, y, por mejor decir, no cree en ellos. ¿Acaso saben más los cristianos? ¿Creen acaso en sus penas eternas y en su gloria eterna? Lo cierto es que la imposibilidad de creer en esos horrores ó en esas naderías lleva todos los días fuera del cristianismo á cuantos ya no pueden aceptar las creencias tradicionales. Bendigamos otra vez á Voltaire, porque ha sostenido, al menos, la idea de una justicia divina. Y ¿qué es lo que le ha salvado del extravío de los incrédulos? Su firme creencia en Dios y en su justicia: "No esperar castigo ni recompensa de Dios es ser verdaderamente ateo, dice; ¿para qué serviría la idea de un Dios que no tuviese poder alguno sobre nosotros? Eso equivaldría á que se nos dijese que hay un rey de la China que es muy poderoso; nosotros responderíamos: buen provecho le haga, y esté en su casa como yo en la mía; no me ocupo de él como él no se ocupa de mí. Y, en este supuesto, yo soy mi Dios para mí mismo, y sacrifico el mundo entero á mis caprichos, si encuentro medio y ocasión; como que no tengo ley, no guardo respeto más que á mí mismo; si los demás seres son carneros, yo me hago el lobo; y si son gallinas, me haré raposa."

(1) *Politique et législation* (*Œuvres*, t. XXVI).

Voltaire invoca contra el ateísmo las funestas consecuencias que de él resultan: ¿acaso no era el mejor medio de confundir á adversarios que sostenían que la existencia de Dios no era más que una hipótesis sin la cual se podían pasar muy bien el decirles: "El ateo pobre y violento, seguro de la impunidad, ¿será un necio si no os asesina para robaros vuestro dinero? Desde entonces todos los lazos de la sociedad quedarán rotos, todos los crímenes secretos inundarán la tierra como langostas que, apenas apercibidas, caen sobre las campiñas y las talan: el pueblo bajo no será más que una horda de salteadores... ¿Quién contendrá á los reyes y á los grandes en sus venganzas y en su ambición, á la cual quieren inmolarse todo? Un rey ateo es más peligroso que un Ravailac fanático. Los ateos pululaban en Italia en el siglo XVI; y ¿qué sucedió? Se hizo frecuente el envenenar en las comidas y el atravesar el corazón del amigo al darle un abrazo, (1). Ahora conocemos las creencias fundamentales de Voltaire. Los ortodoxos dicen que eso no basta para una religión; que no hay religión sin dogma, y que Voltaire rechaza el dogma. Verdad es que Voltaire limita su religión á la adoración de un Ser Supremo sin ningún dogma metafísico; pero hay que ver cuáles son los dogmas que él no quiere, y si añaden alguna cosa á la religión natural. Voltaire pregunta: ¿Cuál es la religión que puede hacer el bien sin producir ningún mal? "¿Acaso no sería aquella que, libre de toda superstición y exenta de toda impostura, se contentase con dar gracias á Dios, sin pretender entrar en sus designios? ¿No sería aquella que dijese: seamos justos, sin añadir: odiémonos, persigamos á las personas decentes que no creen que Dios es pan, y que Dios es vino, y que tiene dos naturalezas y dos voluntades, y que Dios es trino, que sus misterios son siete, que sus mandamientos son diez, que ha nacido de una mujer, que aquélla es virgen, que ha muerto, que detesta al género humano, hasta el punto de entregar á eternas llamas á todas las generaciones, salvo á los frailes y á los que crean en los frailes? ¿Cuál es la religión peligrosa? No es de seguro aquella que, estableciendo dogmas incomprensibles, provoque necesariamente el deseo de explicarlos, y, haciéndolo cada

(1) *Histoire de Jenny* (*Œuvres*, tomo XXXIX, páginas 319, 190 y siguientes).

hombre á su manera, excite necesariamente odios, disputas y guerras civiles" (1).

Hay mucho que decir acerca de los dogmas que rechaza Voltaire. El siglo XVIII ya no creía en ellos; y á despecho de la reacción religiosa, tampoco cree el siglo XIX. ¿No es esta una razón perentoria para abandonarlos? ¿Qué se gana con mantenerlos? Se apartan de la religión aquellos que quisieran creer y que no pueden; y la deserción aumenta á vista de ojos, hasta el punto que bien pronto no se encontrarán ya en la Iglesia más que memos ó hipócritas; y llamamos memos á los que nunca han reflexionado ó que se pagan de palabras. Digasenos para qué sirven los misterios del cristianismo. Por creer en la Trinidad, ¿se hacen las gentes más caritativas, más generosas y más honradas? De cien cristianos, no hay uno que piense una sola vez durante su vida en ese famoso misterio, el cual es la base de la religión dogmática. Tenía mucha razón Voltaire al decir: dejemos á un lado los dogmas, que son cuando menos inútiles, y conservemos lo que es útil á todos los hombres (2). ¡Si solamente fueran inútiles! Pero ¿habrá que repetir con la historia que los cristianos han querido obligar á los hombres á hierro y á fuego á que piensen como ellos? Y ¿para qué esa tiranía? Cuando se oye á la Iglesia, toda es caridad; y cuando se ven sus hechos, toda es ambición, codicia y deseo de mando. Si, la Iglesia se aferra á sus misterios, á su Dios-Hombre, pero es porque la divinidad del Cristo, del cual es esposa, es el más sólido fundamento de su poder. ¿Á qué conducen, en definitiva, los dogmas? Á someter al género humano á la Iglesia. Si esa es una razón para el sacerdocio que le obliga á sostenerles, para la humanidad es justo motivo de rechazarles. ¿Se perderá por esto toda religión, como dicen los defensores más ó menos interesados de la Iglesia? Responderemos con Voltaire: No, porque le queda la creencia de que Dios, siendo justo, premiará al hombre de bien y castigará al malvado (3).

XI

Llegamos á nuestra conclusión. Voltaire tenía la ambición de destruir el cristianismo. Pero ¿es

(1) *Idées de La Motte le Vayer* (*Œuvres*, t. xxvi, p. 15, 16).
(2) *Pensées de Voltaire* (*Œuvres*, t. xliii, p. 634).
(3) *Idées de La Motte le Vayer* (*Œuvres*, t. xxvi, p. 16).

que no quería más que destrucción y ruinas? No, porque no cesa de decir que la religión es el teísmo. Ese pretendido teísmo, dicen los ortodoxos, no es más que un plagio del cristianismo, y Voltaire ha tomado su religión natural de la religión cristiana. Veamos lo que hay de cierto en esa nueva acusación, y nos pondremos en camino de reconocer el progreso realizado por el siglo XIX, y, como consecuencia, por la revolución.

Voltaire dice que su religión es la de la tolerancia y de la humanidad: "Aquella que sirve á su prójimo por el amor de Dios, en lugar de perseguirle y degollarle en nombre de Dios; aquella que tolera á las demás, y que, mereciendo por lo tanto la benevolencia de todas, sería la única capaz de hacer del género humano un pueblo de hermanos" (1). ¿Se dirá que la caridad de Voltaire es un plagio? Ciertamente es que la Iglesia tiene siempre la caridad en la boca; pero si se dejan las palabras para ver los actos, ¿qué se encuentra? ¿Á qué conduce de hecho el cristianismo? Un hombre de caridad, un santo ha formulado la teoría de la persecución en nombre de la caridad; en su nombre se han encendido las hogueras y se ha empapado la tierra con la sangre de los herejes. Voltaire hace de la caridad el principio de la tolerancia, mientras que la Iglesia se proclama intolerante por caridad. Esta palabra se encuentra en ambos campos; pero ¿qué diferencia en la idea que á ella va unida? No, Voltaire no es un plagiarlo, puesto que se inspira en el amor á la humanidad, y este sentimiento es desconocido á la Iglesia.

Voltaire, hablando el lenguaje cristiano, tenía conciencia del abismo que le separaba de la fe tradicional; y lo dice dirigiéndose á Dios:

Je ne suis pas chrétien; c'est pour l'adorer mieux (2) (a).

La palabra ha sido repetida en el siglo XIX por un gran poeta; Schiller ha dicho también que no es protestante ni católico; y ¿por qué? Por religión. La religión de la humanidad moderna no es ya la religión del pasado; los nombres, las palabras son las mismas, pero la idea ha cambiado. El verso que acabamos de citar lo hizo Voltaire siendo joven y cuando aun no había comenzado la guerra á muerte contra el cristianismo; y el poeta es, como

(1) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra Religión, sec. 1.
(2) *Le Pour et le Contre* (1722).
(a) No soy cristiano; pero es para mejor adorarlo.

Schiller, el órgano de la conciencia humana, lo cual da mucho más peso á sus palabras. En otro poema representa á Dios como un ser lleno de bondad é indulgente con las necedades de la especie humana. Los devotos se alarmaron de esos atrevimientos: "Necesitan absolutamente, dice Voltaire, un Dios tirano; pero digan lo que quieran, yo no dejaré de mirarle como un ser tan bueno y tan sabio como perversos y tontos son esos señores" (1).

Voltaire da muy poca importancia al dogma: la teología había abusado tanto de él, que hasta hubiera querido desterrar la palabra del idioma. Sin embargo, gracias al nuevo dogma que él inspira, la filosofía es superior al cristianismo teológico; la caridad de los teólogos se ha transformado en humanidad, y otro tanto sucede con la fraternidad. También esta palabra está tomada del cristianismo; pero veamos si conserva su antigua significación. En el poema titulado *La ley natural* dice Voltaire:

Enfants du même Dieu, vivons au moins en frères (a).

"Mirad cómo vuestros hermanos, dice en otra parte, los Japoneses, los Siameses, el Indio, el Persa, el Turco, el Ruso, y hasta los habitantes de los Países Bajos del Occidente meridional europeo, qué poco lugar ocupan sobre el mapa" (2). ¿Es eso la fraternidad cristiana? Los cristianos no se aman entre sí, y apenas si se tratan como hermanos los miembros de una misma secta. "Yo voy más allá, dice Voltaire; yo os digo que es necesario mirar como hermanos á todos los hombres. ¿Cómo? ¿Mi hermano el Turco? ¿Mi hermano un Chino, un Judío, un Siamés? Sin duda: ¿no somos todos hijos del mismo padre y criaturas del mismo Dios?" (3). Hé aquí, dirán los ortodoxos, al pie de la letra el lenguaje de San Pablo, y como se ve, Voltaire no es más que un plagiarlo. Un pastor protestante hizo ya la misma objeción á Voltaire, y hé aquí la respuesta que éste dió: "Convengo en que los Judíos y los cristianos han hablado mucho de amor fraternal; pero su amor por los efectos se parece mucho al odio; han mirado y tratado como hermanos á los que eran de su color; cualquiera que llevaba su tra-

(1) Carta de 4 de Agosto de 1728 á Thiriol (*Œuvres*, t. xli, página 162).

(a) Hijos del mismo Dios, vivamos al menos como hermanos.

(2) *Dialogues*, xxvii.

(3) *De la Tolérance*, c. xxii.

je era mirado como un santo; pero el que llevaba otro traje era santamente degollado en este mundo y condenado en el otro. ¿Creéis acaso, mi querido amigo, que es de la esencia misma del cristianismo de donde hay que sacar todas las pruebas en favor de la tolerancia? Pues, sin embargo, en los preceptos é intereses de esa religión fundan sus derechos crueles los caritativos perseguidores. Jesucristo me parece, así como á vosotros, dulce y tolerante; pero sus sectarios han sido en todos tiempos inhumanos y bárbaros; el partido más fuerte ha maltratado al más débil en nombre de Jesucristo y para mayor gloria de Dios" (1).

Se puede decir en dos palabras que la religión de Voltaire es la del porvenir, mientras que el cristianismo oficial, al que hacía guerra, es la religión del pasado. Y aquí está el principio de la lucha que hemos señalado. De una parte el progreso, de otra la inmovilidad. Voltaire presentía que se aproximaba una revolución universal, y pertenece en cuerpo y alma á esa nueva era. Oigámosle. "El cálculo de las probabilidades hace creer que pronto se apresurará el compás; yo ya no seré testigo de esa bella revolución, pero moriré con las tres virtudes teológicas que me consuelan: la fe que tengo en la razón humana, la cual comienza á desenvolverse en el mundo; la esperanza de que sabios y audaces ministros destruirán, por fin, prácticas tan ridículas como peligrosas, y la caridad que me da lágrimas por las desgracias de mi prójimo y me hace lamentar su opresión y desear emanciparle" (2).

Los partidarios del pasado se burlan de esa religión del porvenir, diciendo que esperan que se manifieste y que hasta tanto la tienen por un fantasma ó un sueño. Voltaire respondió de antemano á esa crítica diciendo: "Me atrevo á creer una cosa, y es que de todas las religiones, el teísmo es la más difundida en el mundo; es la religión dominante en la China; es la secta de los sabios entre los mahometanos, y entre diez filósofos cristianos ocho son de esa opinión; ella ha penetrado hasta en las escuelas de teología, en los claustros y en el cónclave; es una especie de secta sin asociación, sin culto y sin ceremonias, sin disputas y sin celo, esparcida en el mundo sin haber sido predicada. El teísmo

(1) Carta á Mr. Bertrand, de 12 de Diciembre de 1763 (*Œuvres*, t. LIII, p. 305.)

(2) Carta de 18 de Febrero de 1768 (*Œuvres*, t. LIV, p. 406).

mo se encuentra en medio de todas las religiones, desconocido del pueblo y abrazado sólo por los filósofos, (1). Por filósofos entiende Voltaire, no los profesores de filosofía, sino aquellos que ordinariamente llama personas decentes y clases ilustradas. En la *Profesión de fe* de los teístas puso una dedicatoria al rey de Prusia, en la cual dice: "Somos más de un millón de hombres en Europa á quienes se nos puede dar el nombre de teístas y que podemos dar testimonio del único Dios á quien servimos. Si se pudieran reunir todos los que sin examen se dejan arrastrar á los diversos dogmas de las sectas en que han nacido, si sondeasen su propio corazón y escuchasen solamente su razón, la tierra estaría llena de nuestros semejantes. Sólo un perverso ó un hombre absolutamente extraño al mundo se atrevería á desmentirnos cuando le dijéramos que teníamos hermanos á la cabeza de todos los ejércitos, en los escaños de todos los tribunales, entre los doctores de todas las Iglesias, entre todas las profesiones, y hasta revestidos del poder supremo, (2).

Cien años hace que Voltaire trazó esas líneas. Y si escribiera hoy, podría añadir muchos millones de teístas á los que entonces enumeraba. Si el temor, si la cobardía, si el interés material no retuviesen á los débiles y á los ambiciosos en el seno de la Iglesia, los templos se verían desiertos ó no se verían en ellos más que mujeres y niños, y las mujeres mismas son teístas. ¿Hay que admirarse de ello? Basta que la razón se despierte para que el hombre se haga teísta, y en este sentido, Voltaire tiene razón al decir que su religión es tan antigua como el mundo: los primeros hombres no podían tener otra. Todas las naciones están de acuerdo en este punto: antiguamente no han reconocido más que un solo Dios, al cual tributaban un culto sencillo. Si los cristianos tienen una tradición, los teístas tienen la suya, y no hay ninguna más venerable. En ella se encuentra Sócrates al lado de los patriarcas, y el mismo Jesucristo puede ser contado entre ellos con más justo título que entre los católicos. En cuanto á Sócrates, la cosa es evidente; y si se niega por lo relativo á Jesucristo, es á causa de la inveterada preocupación que atribuye á Cristo toda la teología cristiana. "Ni Jesús

(1) *Dictionnaire philosophique*, en la voz Ateo (*Œuvres*, tomo xxxiv, p. 35).

(2) VOLTAIRE (*Œuvres*, t. xxix, p. 347).

ni ninguno de sus apóstoles, dice Voltaire, manifestó que aquél tuviese dos naturalezas y una persona con dos voluntades, que su madre fuese Madre de Dios, que su espíritu fuese la tercera persona y que ésta procediese del Padre y del Hijo. Si se encuentra uno de esos dogmas en los cuatro Evangelios, que se nos enseñe; quítese todo lo que es extraño á él, todo lo que se le ha atribuido en diversos tiempos en medio de las disputas más escandalosas y de los concilios que se anatematizaban unos á otros con tanto furor, y ¿qué queda entonces del Cristo? Un adorador de Dios que ha predicado la virtud; un enemigo de los fariseos, un justo, un teísta. Nos atrevemos á decir que somos los únicos que profesan esa religión, la cual abraza todo el universo en todas las edades, y, por consiguiente, es la única verdadera, (1).

Decía bien Voltaire, y los hechos le dan la razón. ¿Qué piensan en el día los unitarios de Jesucristo? ¿Qué piensan los protestantes avanzados de Alemania, de Holanda y de Francia? ¿Creen acaso en el Dios-Hombre con dos voluntades en una persona? ¿Creen en el Dios nacido de una Virgen y que padece muerte? No solamente no creen ya, sino que sostienen que Jesucristo no creyó nunca en semejantes fábulas, y tienen á su favor la Escritura y la ciencia. Hay más: los Judíos, á quienes Voltaire ha hecho mal en aborrecer, se unen á los protestantes y dicen que su religión no es más revelada que el cristianismo, y dejan á un lado los milagros y las profecías. ¿Qué queda entonces? El teísmo, y hé aquí á Voltaire de acuerdo con los discípulos de Moisés y del Cristo. Esos dos grandes reveladores han sido teístas lo mismo que Mahoma, de quien los católicos quisieran hacer un impostor.

Esto responde á otra crítica que hacen del teísmo los ortodoxos de todos colores, diciendo que es una opinión filosófica y que jamás la filosofía podrá ser una religión. Voltaire dice que hay dos clases de teístas: los que piensan que Dios ha hecho el mundo sin dar al hombre reglas del bien y del mal; y claro está que esos no tienen religión: ese es un sistema de filosofía. Pero no es esa la doctrina de Voltaire: éste es de la opinión de los teístas que creen que Dios ha dado al hombre una ley natural. Y es indudable que éstos tienen una

(1) *Profession de foi des théistes* (*Œuvres*, t. xxix, p. 367-369).

religión, aun cuando no tengan culto exterior. "En Londres, continúa Voltaire, hay una sociedad de teístas que se reunieron durante algún tiempo junto al templo Voer; tenían un pequeño libro que contenía sus leyes, y la religión sobre la cual se han escrito en otras partes tantísimos volúmenes estaba encerrada en dos páginas de aquel libro: su principal axioma era este principio: la moral es la misma entre todos los hombres, luego viene de Dios; el culto es diferente, luego es obra de los hombres, (1). En la *Profesión de fe de los teístas* añade Voltaire: "Nuestra religión es indudablemente divina, puesto que ha sido grabada en nuestros corazones por el mismo Dios, por ese maestro de la razón universal que ha dicho al Chino, al Indio, al Tártaro y á nosotros: Adórame y sé justo, (2). En vano niegan los ortodoxos que pueda haber una religión sin culto, lo cual excluye, según ellos, la existencia de un cuerpo sacerdotal. ¿Por ventura Adán, en el estado de perfección en que Dios le creó, no tenía religión? Pues, sin embargo, allí no había ni papa ni cardenal. ¿Es que los quákeros no tienen religión, por más que no tengan ni obispos ni presbíteros? El culto de los protestantes avanzados no es ya un culto en el sentido católico, porque ya no tienen misterios, lo cual no obsta para que sean cristianos.

XII

La *Profesión de fe de los teístas* merece un detenido examen, porque no sólo responde á las críticas que los ortodoxos hacen de la religión natural, sino que nos demuestra lo superior que ésta es al cristianismo tradicional. ¿Cuál fué la primera causa de la Reforma? Los reformadores decían que Roma había alterado la pureza primitiva del cristianismo con un cúmulo de supersticiones; ellos mismos conservaron dogmas que la razón no ha podido aceptar y que los protestantes han ido rechazando sucesivamente. El teísmo es la más pura de todas las religiones: "¡Que el mundo entero se levante contra nosotros si se atreve! exclamaba Voltaire. Nosotros apelamos á la pureza de nuestra santa religión. ¿Por ventura hemos manchado nunca nuestro culto con ninguna de las supersti-

(1) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra Ateo (*Œuvres*, tomo xxix, p. 352).

(2) VOLTAIRE (*Œuvres*, t. xxix, p. 347).

ciones que unas á otras se reprochan las demás religiones, (1). Y este no es un mérito puramente negativo; es indudable que allá donde existen las supersticiones católicas, la religión no es más que una horrible caricatura. ¿Acaso tiene religión el bandido italiano cubierto de amuletos y de talismanes? ¿Tienen religión nuestros paisanos de Flandes cuando hacen que sus curas exorcicen los hormigueros? La superstición mata la verdadera religión, y el primer paso hacia ésta es renunciar á las creencias y prácticas supersticiosas.

Otro artículo de fe de los teístas es que, siendo hermanos todos los hombres y reconociendo el mismo Dios, es execrable el que unos á otros se persigan: "En efecto, dicen los teístas, ¿cuál es el hombre de bien que irá á matar á su hermano mayor ó á su hermano menor, porque el uno haya saludado á su padre común al estilo chinesco y el otro á lo holandés, sobre todo cuando no esté bien resuelto en la familia la manera con que el padre quiere que se le reverencie? El que de aquella manera obra, más que un buen hijo sería un mal hermano, (2). ¿Quién se atreverá á decir que en este punto y por más revelado que se suponga el cristianismo es superior al teísmo? Los cristianos rechazan con horror el dogma abominable de la tolerancia. "Hay que convenir, sin embargo, dice Voltaire, que si las diferentes sectas que han desgarrado la cristiandad hubiesen tenido la moderación de los teístas, el mundo se hubiera visto menos perturbado con desórdenes y revoluciones y menos inundado de sangre, (2).

Por lo mismo que los teístas no son supersticiosos, son más humanos que los sectarios de las religiones que se creen reveladas: "Son los hermanos mayores del género humano, dice Voltaire, y aman á sus otros hermanos, (3). Al repudiar toda clase de supersticiones, y al sentar como fundamento de su religión la práctica de la virtud, evitan los teístas el escollo con que fatalmente tropiezan todas las religiones reveladas. ¿Cuál es la causa primera de la incredulidad y del libertinaje de costumbres que frecuentemente la acompaña? "Los espíritus estrechos que oyen hablar todos los días con desprecio de la superstición cristiana, y sabiendo que hasta se ridiculiza por muchos sacerdotes, se imaginan,

(1) *Profession de foi* (*Œuvres*, t. xxix, p. 352).

(2) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra Ateo (*Œuvres*, tomo xxxiv, p. 36).

sin reflexionar, que no hay más religión, y en este supuesto se entregan á toda clase de excesos. Pero cuando conozcan que la secta cristiana no es, en realidad, más que la perversión de la religión natural; cuando la razón, libre de sus trabas, enseñe al pueblo que no hay más que un Dios, padre común de todos los hombres; que éstos son y deben ser hermanos, y por tanto buenos y justos unos para otros, que deben ejercitar todas las virtudes, y que Dios, bueno y justo, así como recompensa la virtud castiga el crimen; cuando eso se verifique, seguramente serán los hombres más de bien, siendo menos supersticiosos,, (1).

Los ortodoxos, incluso los filósofos que se llaman cristianos, ensalzan la moral evangélica como un ideal. Sin embargo, es sabido que de hecho, la religión de los cristianos no es más que un cálculo: son virtuosos por ganar el cielo. ¿Es así la moral de los teístas? En el *Banquete del conde de Boulainvilliers*, la condesa cuenta una anécdota que ha leído en la historia de los Árabes; le dejaremos hablar, porque es difícil contar mejor: "Hallándose en el baño Hasán, hijo de Alí, uno de sus esclavos vertió sobre él por descuido una caldera de agua hirviendo. Los domésticos de Hasán quisieron empalar al culpable, pero aquél lo impidió, y en vez de empalarle mandó que le dieran veinte monedas de oro, diciendo: *Hay un grado de gloria en el paraíso para los que pagan los servicios que se les prestan; otro más grande para aquellos que perdonan el mal, y otro grado mucho más grande aún para aquellos que recompensan el mal involuntario.* ¿Qué os parece esa acción y ese discurso?," El conde responde que en ellos reconoce á sus buenos musulmanes del primer siglo. Y yo, dijo el abate, á mis buenos cristianos. "Y yo, dice Voltaire por boca de Freret, estoy incomodado con Hasán, el quemado hijo de Alí que dió veinte monedas de oro por tener un sitio en el paraíso; no me gustan las bellas acciones interesadas, y hubiera preferido que Hasán fuese bastante virtuoso y bastante humano para consolar la pena del esclavo, sin pensar en el lugar del tercer grado que había de ocupar en el paraíso,, (2).

El cristianismo tradicional, sobre todo el catolicismo, tiene la ambición de regir al mundo en

(1) *Sermon des Cinquante* (*Œuvres*, t. XXIX, página 401 y siguientes).

(2) VOLTAIRE (*Œuvres*, t. XXXII, p. 390).

nombre del pretendido derecho divino; ese espíritu de dominación es el que más irrita á los libres pensadores, porque amengua la soberanía civil al mismo tiempo que la libertad de pensar. Los deístas están muy lejos de tener semejantes pretensiones. "Si alguno de nuestros hermanos, dice la *Profesión de fe*, quisiera producir la menor perturbación en el gobierno, dejaría de ser nuestro hermano. No fueron seguramente los deístas los que encendieron las guerras de la Fronda en Francia y los que han provocado recientemente las perturbaciones de Madrid; nosotros somos fieles á nuestros príncipes, y los reyes deben mirarnos como los mejores súbditos. Separados del vil pueblo que no obedece más que á la fuerza y que nunca razona, y más separados todavía de los teólogos que razonan tan mal, somos los apoyos de los tronos, que durante siglos se han visto conmovidos por las disputas eclesiásticas,, (1). Los católicos, que todo lo imputan á crimen en Voltaire, le reprochan esa sumisión al absolutismo de los reyes, olvidando que la sumisión á los emperadores monstruos fué predicada y practicada por los apóstoles. En otra parte diremos cuáles fueron las doctrinas políticas del siglo XVIII; al presente nos limitaremos á recordar á cuantos se complacen en denigrar los grandes genios, que Voltaire bendijo al nieto de Franklin en nombre de *Dios* y de la *libertad*.

Los partidarios del pasado triunfan en el día y preguntan qué ha venido á ser del teísmo de Voltaire, considerado por nosotros superior á la religión cristiana. Al parecer es cierto que el cristianismo ha tomado nuevas fuerzas y que el teísmo está olvidado. Ya hemos contestado á esa glorificación del catolicismo. Si los templos se llenan, es porque á ocupar los primeros puestos van allí el miedo, la cobardía, la hipocresía y la especulación. Nosotros diremos con Leibnitz: ¡Plugüera á Dios que esos celosos católicos fuesen teístas! Al menos tendrían una fe, mientras que ahora son literalmente *sepulcros blanqueados*, son nada y podredumbre. ¿Se pregunta por qué el teísmo no ha reemplazado al cristianismo? Los cristianos que no imponen silencio á su razón y no se embrutece deliberadamente son teístas, sólo que su teísmo no es ya la religión de Voltaire. Éste no tenía la misión de fundar una religión; estaba más bien lla-

(1) VOLTAIRE (*Œuvres*, t. XXIX, p. 366).

mado á destruir, y es imposible que los que destruyen una antigua religión funden á la vez una nueva creencia, porque las cualidades necesarias para la obra de destrucción distan mucho de ser las que tienen los reveladores. Voltaire es un hombre de buen sentido y de gran talento; sus armas son la razón y el epigrama, y de ellas usó y abusó. No quería destruirlo todo, porque combatió la *impiedad* de los materialistas lo mismo que á la *infame*; pero hasta cuando habla de Dios y de la virtud no puede menos de emplear el tono burlesco, el cual dista mucho de ser propio de los hombres afectos á la religión. Falta, en efecto, alguna cosa al teísmo de Voltaire para llegar á ser una religión; rechaza en absoluto el dogma, y eso es ir demasiado lejos. El hombre necesita una creencia que le enseñe cuál es su misión en la tierra, de dónde viene y adónde va; necesita la convicción de que Dios le ayuda en su marcha laboriosa para el cumplimiento de su destino, y ese vínculo del hombre con Dios es el que Voltaire no ha conocido; á conocerle, hubiera visto en él una nueva superstición; pero en eso se engañaba: es una nueva fe que se forma insensiblemente en la conciencia humana, fe que existe ya á título de religión entre los protestantes avanzados y entre los judíos modernos, y que acabará por ser la religión universal.

b. Rousseau.

I

Se comprende el odio con que los ortodoxos persiguen la memoria de Voltaire; nunca han tenido un adversario que les descargase golpes más tremendos; á despecho de la religión católica, *la infame está aplastada*; lo está, por lo menos, en el terreno de las ideas, y las ideas son las que gobiernan al mundo. ¿A qué se reduce una religión que no vive más que de la estupidez, de la ignorancia y del apoyo que la prestan las clases ricas, las cuales cultivan la superstición como la mejor custodia de sus escudos? El mundo vió ya un espectáculo semejante: el día que los filósofos atacaron el politeísmo, la religión pagana quedó destruída por sus cimientos; subsistió, sin embargo, por algunos siglos con apariencias de vida; pero en realidad estaba muerta. Otro tanto sucede al catolicismo: es un cadáver ambulante; la filosofía le ha

matado. Perdonemos, pues, á las gentes de Iglesia sus gritos de indignación. Si el litigante tiene veinticuatro horas para maldecir á su juez, también hay que permitir á la Iglesia que maldiga á los que han puesto término á su dominación secular.

Rousseau era el émulo de Voltaire y poco amigo de los filósofos; escribió acerca del Evangelio y acerca de Jesucristo páginas que no podría firmar un libre pensador, y, sin embargo, participa con Voltaire del odio á los sectarios del pasado. El abate Gaume dice que Rousseau, lo mismo que Voltaire, pueden definirse "*almas vacías de cristianismo y ébrias de paganismo.*" ¡Qué lenguaje y que apreciación! Y los considerandos son tan curiosos como el fallo. Rousseau funda la sociedad civil en un contrato; Locke hace otro tanto, lo cual prueba, dice nuestro abate, que, según ellos, Dios no entra por nada en la fundación de la sociedad. Rousseau es gran admirador de Esparta y de Roma; ese culto de la antigüedad no es invención del siglo XVIII, arranca del Renacimiento; el abate Gaume lo confiesa y envuelve en la misma condenación á los humanistas del siglo XV y á los filósofos del XVIII: alabar á Esparta y á Roma es rebajar el cristianismo, es decir que es superior al paganismo; en definitiva, es desconocer y odiar al cristianismo (1). Hé ahí el proceso de Rousseau, y vedle ahí juzgado y condenado.

Por fortuna hay apelación contra las sentencias de los ortodoxos. No pretendemos oponer á esa sentencia nuestra admiración: un obispo se ha tomado ya el trabajo de decir en una pastoral que no sabíamos nuestro catecismo; por consiguiente, estamos también *vacíos de cristianismo*; y si es cierto que no somos partidarios de Esparta y de Roma, lo somos de Platón y de Marco Aurelio. Lo cual equivale á decir que estamos también *ébrios de paganismo*. Pero hay ortodoxos menos irritables que el abate francés, aun cuando muy buenos cristianos; por eso se nos permitirá oponer al abate Gaume el pastor evangélico Vinet. Éste no es un cómplice, y nosotros no participamos de su opinión acerca de Rousseau; pero al menos le hace justicia. Voltaire era antes que todo un destructor. ¿Rousseau habla también de *aplastar la infame*? Semejantes palabras le hubiesen causado horror si

(1) L'ABBÉ GAUME, *la Révolution*, t. V, p. 184 y siguientes.